

## JUBILEO DE LOS ARTISTAS Y ESCRITORES

*Catedral de La Habana, 27 de febrero del 2000*

Queridos hermanos y hermanas:

Nos reunimos hoy en esta Santa Metropolitana Iglesia Catedral de La Habana, en el domingo más cercano a la fecha en que se conmemora el día gris en que fue sepultado lejos de la Patria el Padre Félix Varela, Siervo de Dios. Fue un 25 de febrero. La mejor posibilidad de participación que brindaba a todos una tranquila mañana de domingo, nos animó a transferir a este día del Señor la celebración del Jubileo de Artistas y Escritores, con el que la Iglesia Católica, en este año 2000, desea invitar a la conmemoración de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo a quienes de manera especial expresan y tocan tan hondamente el espíritu humano.

La entrada del Padre Varela en la historia de los hombres y en la gloriosa eternidad de Dios es inspiradora para la celebración de este jubileo. Filósofo, escritor, artista, músico, (tocaba el violín), es también el primero de nosotros que supo expresar con una integralidad ya suficiente y clara lo que es ser cubano.

Sacerdote que amó entrañablemente a la Iglesia, fue fiel en presentar a los hombres de su generación, y a los que vinieron después hasta hoy, la grandeza y la preeminencia de Dios, no limitándose para ello a sus escritos, sino cumpliendo, como únicamente saben hacerlo los santos, lo que San Pablo esperaba de los cristianos de Corinto. A ellos, y a nosotros, dice el Apóstol en su carta que leíamos hoy: *«Ustedes son una carta de Cristo... escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón»*. Y más adelante añade Pablo: *«porque la pura letra mata y, en cambio, el Espíritu da vida»*.

Esa fue la religión del Padre Varela, esa es la religión verdadera que predicó Jesús, la del Espíritu que da vida, la que sus verdaderos seguidores pueden hacer leer en sus propias vidas a los sabios y a los sencillos. No es una religión de letra y de cumplimiento frío de preceptos, sino algo más.

En el relato evangélico que acaba de proclamarse, los fariseos y algunos discípulos de Juan el Bautista, preocupados precisamente por el cumplimiento de la letra escrita, le plantean a Jesús la cuestión del ayuno: ¿por qué tus discípulos no ayunan?, le preguntan al Maestro. Jesús contesta que, mientras estén con Él, están de fiesta y no deben ayunar. Hay un elemento totalmente novedoso y celebrativo en la cercanía de Cristo a los discípulos que les impide las prácticas penitenciales.

Jesús no es un remiendo a un paño viejo, porque los remiendos en tela vieja abren un hueco peor; Él es vino nuevo y hace falta echarlo en pellejos apropiados. La recepción de Cristo, su estilo y su mensaje reclaman capacidades totalmente nuevas del ser humano: *«a vino nuevo, odres nuevos»*. No se trata simplemente para sus seguidores de cumplir lo establecido, es llenarse de un espíritu nuevo.

No nos sorprende que Jesús proclame así la novedad radical del Reino de amor y de justicia que Él vino a instaurar. Puede sorprendernos, quizá, que Jesús se haya llamado a sí mismo *«el novio»*. Porque la razón que él da para que sus discípulos no ayunen es que, siendo el ayuno propio de los días de penitencia, ellos están en fiesta de bodas acompañando al novio. *«Llegará un día en que se lleven al novio y entonces ayunarán.»*

Esto es una alusión manifiesta a su muerte de Cruz. El ayuno que le seguiría al drama de su partida será su misma ausencia: les faltará su mirada, su palabra, el calor de su presencia; ayunarán de él mismo.

El tema de los desposorios de Yahvé-Dios con su pueblo Israel recorre toda la Biblia en su literatura profética y sapiencial. Se alcanzan en muchos de esos textos cimas poéticas muy altas. Si Dios quiere a su pueblo como un padre o como una madre, también lo quiere como un esposo ama a su esposa. De esto nos da una muestra magnífica el profeta Oseas en la primera lectura proclamada hoy. Vale la pena que repitamos su contenido apasionado y tierno, que apela a un erotismo puro para mostrar a dónde debe llegar la intimidad con Dios y la fidelidad del pueblo elegido.

Estas son las palabras hermosas que el profeta pone en boca del mismo Dios: *«Yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón. Y me responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que la saqué de Egipto. Me casaré contigo en matrimonio perpetuo; me casaré contigo en derecho y justicia, en misericordia y compasión; me casaré contigo en fidelidad y te penetrarás del Señor».*

Jesús reclama para sí el tema del novio divino y se lo apropia con todo derecho, no ya en relación exclusiva con el pueblo de Dios, sino con toda la humanidad. Jesucristo, el Hijo eterno del Padre, al asumir nuestra naturaleza humana, se desposó con la humanidad. Por eso su primer milagro lo realizó en unas bodas en Caná de Galilea y cambió el agua insípida en vino «que alegra el corazón del hombre». Eran sus propias bodas con la humanidad las que estaba celebrando. Su Madre estaba en la fiesta y obró el milagro a petición de ella, en cuyo seno había tomado carne y sangre de hombre, uniendo en fidelidad perpetua lo divino y lo humano. Aquella agua que cambió en vino hizo exclamar a todos los convidados: *«esta gente ha guardado para el final el vino mejor».* En el evangelio de Marcos es también hoy cuestión de vino nuevo.

La fiesta de bodas de Cristo con la humanidad se celebra con vino nuevo, con el mejor vino, un vino que es su «sangre para la vida del mundo» y que consagramos en cada Eucaristía que celebramos. Vino que reclama odres nuevos, corazones nuevos, mentalidad nueva, capaces de dar a nuestra vida una nueva expresión de alegría y esperanza.

Viene aquí ahora la gran pregunta que muchos de ustedes, escritores y artistas y muchos otros se hacen y que, en algún momento, todos nos hacemos. ¿Hay proporción posible entre ese vino nuevo que es Jesucristo y su mensaje y mi capacidad receptora de él?, ¿por qué hay algunos que niegan uno de esos dos términos como ilusión o simplemente eluden la consideración de la posibilidad de que esto se realice?

Jesús se nos presenta como una plenitud y nos hemos acostumbrado a lo sectorial, a lo parcial. Nos parece que solo podemos captar segmentos, pedazos de las cosas y he aquí que nos sale al paso el hombre de Nazaret para decirnos: *«Yo soy el camino, la Verdad y la Vida».* Es una afirmación abarcadora la suya, es como un vino fuerte y nuevo que revienta nuestros odres ya curados y desgastados, acostumbrados a contener lo viejo, lo habitual. Pero Dios, en Cristo, quiere cincelar, modelar nuestras almas, que deben acoger la nueva forma de un amor sin límites.

A ustedes artistas, poetas, escritores, corresponde sobrepasar, con las artes plásticas, con la música, la palabra escrita, la actuación teatral, la danza y otras manifestaciones del arte, las proporciones habituales establecidas. Para esto no pueden olvidarse de que hay una puerta de entrada en el espíritu humano que es connatural a ustedes, aunque no propia o exclusiva de ustedes. Hay una palabra que la expresa y en el camino total de nuestra vida es una palabra inicial, se llama belleza.

Una palabra que no sirve de punto de partida a los filósofos, que nunca ha tenido cabida en las ciencias exactas; una palabra de la que, en la época moderna, han tomado distancia las ideologías, pero también la religión y aun la teología, que ha seguido un método cada vez más parecido al de las ciencias exactas.

Tomo la definición de belleza de uno de los más grandes teólogos del siglo que concluye: Hans Urs Von Balthasar. Dice este autor: «*la belleza es la aureola de resplandor imborrable que rodea a la estrella de la verdad y del bien y su indisociable unión*» (Gloria, la percepción de la forma, Introducción).

Me recuerda esta definición nuestros estudios de Metafísica: aprendíamos entonces que los trascendentales están siempre conjugados en la unidad del ser; o sea, verdadero, bueno y bello son inseparables.

Un mundo miope o sordo para la belleza lo es también para la verdad y para el bien. En la práctica, ante la invasión de lo no bello, el hombre se pregunta más fácilmente por qué ha de obrar el bien y no el mal. El mal se puede tornar excitante, es una posibilidad de entrar en el inframundo, ¿por qué no sondear las profundidades satánicas? En un mundo donde no nos sentimos capaces de afirmar la belleza, pierden también fuerza los argumentos demostrativos de la verdad.

El raciocinio puro, las ciencias exactas, la abstracción y la consideración del hombre en sus definiciones como primordialmente espíritu, han hecho que aun los pensadores y artistas se olviden de la forma. Y la forma es la que arrebató y extasió. Vuelvo al teólogo antes citado: «*solo a través de la forma puede verse el relámpago de la belleza eterna*». Jesucristo hizo visible a Dios Padre: «*quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*». San Pablo vio la luz de Cristo, que lo cegó en el camino de Damasco. Contempló allí la suprema belleza y esto transformó su vida. No solo puede darse este arrebató por la belleza entre los cristianos o dentro del ámbito de la fe. Platón conoció ese loco entusiasmo y lo conoce también todo aquel que está dispuesto a enloquecer por amor a la belleza.

Si bien en el arte, como actividad específicamente humana, se da una preocupación explícita por generar belleza, hay algo que ya señaló Aristóteles: no es conveniente establecer una identidad entre belleza y arte; en primer lugar, porque con frecuencia el arte y, en especial, el arte contemporáneo, pretende hacer algo que no guarda relación con la belleza y, en segundo lugar, porque existe un deleite estético en la contemplación de la belleza de la naturaleza que no es fruto de manos humanas.

El creador artístico ha sido dotado por Dios de libertad para considerar, aun subjetivamente, la belleza. Sabe que el ser humano es capaz de vibrar siempre ante ella, y que la belleza lleva a hombres y pueblos por el camino de la verdad y del bien.

No se trata de buscar la inspiración en objetos siempre bellos y armónicos. No hay nada más espantoso y desgarrador que un condenado a morir en Cruz, desnudo,

clavado, sangrante. Y la escena del crucificado del Gólgota ha sido la mayor fuente de inspiración de los artistas plásticos de todos los tiempos.

Ante un crucifijo oraba asiduamente Santo Tomás de Aquino, el más grande de los teólogos de la Iglesia y dijo haber aprendido más de Cristo crucificado que de todos sus libros de teología. Ante un crucifijo rezaba San Francisco de Asís y fue allí que Cristo le habló y le dijo: restaura la Iglesia. Lo horrible puede mover al amor, a la compasión y estas son expresiones del bien. Un fotógrafo que capta la escena espeluznante de una madre con su hijo casi exánime por el hambre y la sed, caminando en una zona desértica en busca de ayuda, es una llamada a la solidaridad y, por tanto, al bien, al amor.

Todo lo que objetiva o subjetivamente puede generar lo bueno en nosotros, se viste misteriosamente de belleza.

La creación artística y literaria tiene, pues, un campo inmenso. Pero me permitiría traer a nuestra memoria la recomendación de Dios Creador, a la pareja primordial en el Jardín de Edén: «*del árbol de la ciencia del Bien y del mal no coman*». Es decir, no nos aventuremos nunca a franquear el anchísimo límite del bien para probar el angosto despeñadero del mal. Experimentaremos en nuestro corazón el mismo destierro del Paraíso de aquella primera humanidad tipificada en Adán y Eva. Ese es el compromiso ético del creador. Hay una receptividad innata en el ser humano para vibrar con lo bello y optar así, secretamente por el bien y la verdad. Nosotros tenemos una deuda perenne con la humanidad para llenarla de color, de luz, de melodía, de poesía, persiguiendo, aun por contraste, únicamente el fin bueno.

Hay una pregunta de Dostoievski, que él pone, en su novela «*El Idiota*», en los labios del joven ateo Hipólito dirigiéndose al príncipe Myskin: «¿Es verdad, príncipe, que usted dijo un día que al mundo lo salvará la belleza? Señores –gritó fuerte a todos–, el príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza... ¿Qué belleza salvará al mundo?».

Esta frase última la tomó el Cardenal Martini, de Milán, como título de su carta pastoral para el año 2000. Y comenta el Cardenal: «El príncipe no respondió a la pregunta (como un día el Nazareno ante Pilato no respondió más que con su presencia a la pregunta: ¿Qué es la verdad?»). Parecería que el dilema del príncipe Myskin, que está inclinado con infinita compasión sobre el joven que se muere de tuberculosis a los dieciocho años, quiere decir que la belleza que salva al mundo es el amor capaz de compartir el dolor (Hasta aquí la cita) (Quale Bellezza salverá il mondo? Introduzione). Tal vez por eso, el Crucificado del Calvario ha inspirado a tantos.

Esto significa que la belleza última, la que está por encima de toda otra belleza, no es una más que se alcanza por contemplación estética. Todas las bellezas de este mundo deben llevarnos como olas sucesivas hasta las playas radiantes de luz de la Belleza total; aquella que canta San Agustín en sus Confesiones:

*¡Tarde te amé, Belleza, tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí y yo había salido fuera de mí, y te buscaba por fuera.*

*Como una bestia me lanzaba sobre las cosas bellas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me tenían atado, lejos de Ti, esas cosas que, si no estuviesen sostenidas por Ti, dejarían de ser. Me llamaste, me gritabas, rompiste*

*mi sordera. Brillaste y resplandeciste ante mí, y echaste de mis ojos la ceguera. Exhalaste tu espíritu y aspiré su perfume y te deseé. Te gusté y te comí y te bebí. Me tocaste, y me abrasé en tu paz.*

Lo que dijo San Agustín, hace casi exactamente 1.600 años, lo pueden sentir y decir el hombre y la mujer de hoy, tan nuevos y tan antiguos. Lo que nos puede faltar hoy es la mediación de las cosas bellas que nos hagan llegar hasta la Belleza Suprema. Esa Belleza Suprema es el Dios de cielo y tierra, que se inclina sobre nosotros y nos muestra su amor eterno en el rostro hermoso de Cristo. Podemos haberlo reconocido o no, pero de cualquier modo, toda creación artística participa del poder de Dios Creador, que da a cada uno la inspiración y el don maravilloso de poder crear, para ser capaz de sembrar en los corazones humanos el deseo de lo bueno y lo verdadero y de llevar a muchos, de un modo misterioso, hasta la Belleza increada.

A crear, y a crear belleza los animo, queridos hermanos y hermanas, y con el Papa Juan Pablo II, en su carta a los artistas, formulo un deseo para todos en este año 2000 y para siempre: que todos tengan inspiración. Así lo pido también al Señor en la Santa Eucaristía que ahora celebramos.